

EL HÁBITO RELIGIOSO COMO SÍMBOLO Y PRIVILEGIO*

M. Cruz García Torralbo

Universidad Nacional de Educación a Distancia

I. El valor simbólico del hábito

La vestimenta hace diferentes a los hombres. El ser humano, constante y repetitivo a través de su historia, hace del vestido la causa de su diversidad. Soslayemos la primera aproximación al tema, la protección ante el frío o el calor, y tocaremos la cuestión que nos concierne: el vestido hace a los hombres diferentes.

El simbolismo emanado de la vestimenta lo hace en tres vertientes complementarias, el lugar del cuerpo que cubre, el tejido de que está hecho y los adornos estéticos. Para comprender lo que significa el hábito como símbolo de transformación tenemos que remontarnos al Antiguo Testamento. La historia simbólica del hábito empieza con el hombre. Más exactamente, con la fe de un hombre. Cuando Moisés recibe en el Monte Sinaí la iniciativa de Dios de renovar la alianza con su pueblo y las leyes taxativas para llevarla a cabo, queda transformado de tal manera que debe cubrir su rostro con un velo para no deslumbrar a su pueblo. (Éxodo, 34, 29-34). Tal es la esencia de la transformación y tal el significado del velo, cubrir la diferencia. El hombre que toma contacto con Dios o, al menos, decide contactar con Él, es diferente a los demás hombres. El conventual que toma la decisión de confiar en Dios está mirando al futuro. De esta manera, su decisión se entiende a partir de su contenido de promesa en el futuro. Su fe no se halla vinculada a la repetición del pasado, vigente en el convento por la Regla, sino a la promesa de futuro. Por eso Dios le impulsa a seguir avanzando, a prosperar en la transformación, a abrirse al futuro. Y para ello el hábito diferenciador es un arma poderosísima de liberación del pasado. En el proyecto de vida que ha elegido un conventual, lo que se pretende desde el primer momento es el cambio radical de la situación de ese hombre. No se trata de cambiar de modo de vida, sino de cambiar la situación.

El conventual cambia la esclavitud del vivir bien, del vestir bien, por la libertad del sacrificio y la privación. Una privación que abarca al vestido diferenciador. Esta libertad es dura y difícil de conseguir, tanto o más que apetecida y temida, porque la uniformidad desata al conventual de las ligaduras del mundo exterior y le esclaviza al proyecto común de salvación que se persigue dentro. Es comprensible, desde esta

óptica, el rito solemne de la imposición del hábito.

Recordemos la transformación -transfiguración- que sufrió Jesús en el monte Tabor. Sus vestidos eran de una blancura fulgurante como la luz, resplandecientes, y su rostro se hizo brillante como el sol. (Mt. 17, 2; Mc. 9, 3; Lc. 9, 28). No es casual que el cambio experimentado estableciera íntima correspondencia con el lugar elegido para el mismo. Subir a un monte muy alto. El paralelismo con el cambio experimentado por Moisés en el Sinaí es extraordinario. La experiencia personal de ambos, tras una oración con Dios, suscita en el conventual la terrible preparación que conlleva la vida claustral, la diaria pasión, la ascesis al monte Tabor. El fin de esa diaria transformación será la gloria y para alcanzarla deberá sufrir por algún tiempo la humillación de la uniformidad. El hábito, aceptado como símbolo de la transformación, adquiere un valor paralelo al del convento como antesala del cielo. Esta íntima apreciación hace diferentes de los demás hombres a los conventuales. La sacralidad del espacio es percibida como extraordinaria. La cima del monte Tabor se manifiesta como la meta de la transformación. Por la fe, el hábito trasciende a su materialidad para convertirse en un elemento de gloria.

1.-El valor del hábito

En el hábito se ve el sentido que tiene para el conventual la idea de consagración y la idea, también, de liberación, que es en realidad la misión primordial de la uniformidad, como he dicho. Por eso, cuando el conventual recibe el hábito está aceptando la situación anhelada por su descontento en el mundo. Una situación en la que va a realizar sus más íntimos anhelos, apoyado, protegido y ayudado por todo el que, como él, ha elegido esa uniformidad. Por eso se comprende que en la uniformidad de hábito se encuentre la estabilidad, la seguridad.

En el fondo, ¿qué es lo que nos viene a denunciar el hábito? Está claro que lo primero que transmite al profano es la diferencia. Un hábito en el exterior despierta, por lo inusual, primeramente cierto sentimiento de contrariedad en el mundo físico circundante. La percepción visual de un hábito en una calle de una ciudad representa la transmutación más radical de valores que se puede anunciar. Porque es la negación de la variedad. Al ser *distinto* entre la variedad del mundo exterior proclama su uniformidad diferenciadora.

Por supuesto, esta diferencia no se reduce al mero aspecto exterior, porque esa diferencia va más lejos al transmitir al profano la definitiva diferencia de la plenitud de la

vida que se vive en el interior del convento. Y es este sentimiento el que despierta en el profano, creyente o no, la aceptación del mensaje diferenciador. El proyecto de vida diferenciada será un valor captado por el profano creyente que entiende que haya hombres y mujeres que cambien radicalmente su escala de valores y su apreciación práctica de los valores del mundo. Para el no creyente este valor no existe, pero el valor diferenciador del hábito será incuestionable.

El valor del hábito está en consonancia con el espacio habitado, de igual modo a como las vestiduras de Jesús eran consecuencia de su situación en la cima del monte Tabor en contacto con Dios. No tanto para el conventual como para el profano. De ahí que el conventual en el interior del claustro no necesite necesariamente vestir el hábito para proclamar su uniformidad diferenciadora, o si se prefiere, su diferencia uniforme. El valor del símbolo vendrá determinado en este caso por el marco físico. El profano capta que los hombres que habitan intramuros son diferentes aunque pudiera contemplarlos con vestidos mundanos. No así en el exterior. Un conventual entre las multitudes no transmitirá diferencia si no va apoyada ésta en el valor simbólico del hábito. Para el conventual la diferencia será un sentimiento íntimo dictado por su fe, sea cual fuere su escenario. Para el profano sólo el hábito trasciende a su comprensión la idea diferenciadora.

2.- La interpretación de la diversidad

Igualdad y diferencia son, pues, términos dialécticos para el profano, no así para el conventual que los valora complementarios. Si se privilegia la igualdad se excluye el otro. Mientras que el exterior potencia la diferencia a base de grandes desigualdades, la alternativa del proyecto común, igualitario, de la vida conventual es una forma provocadora, e innovadora por lo vigente, de diversidad. Viendo la diversidad de hábitos, o lo que es lo mismo, conociendo la diversidad de carismas religiosos, enseguida se comprende esta diáfana realidad: la comunidad, es decir, el grupo de conventuales que viven de acuerdo o bajo una Regla. No deja de ser un grupo de hombres con una intención fundamental: la renuncia, no sólo el desprendimiento afectivo sino el despojo total. El enfoque o interpretación de esta realidad es el germen de la diversidad. La vida conventual implica la total desnudez, el desasimiento de las ataduras del mundo. La salvación vendrá por el cumplimiento de la Regla, la perfección se alcanzará por el desprendimiento.

No se trata de dos categorías de perfectos, sino de la relación que establece Dios

con cada conventual, es decir, el cumplimiento de una nueva economía. Así interpreto la descalcez. El conventual entrega por su fe su disponibilidad especialmente colaboradora con Dios al aceptar la renuncia radical de los bienes del mundo. El fraile descalzo va más allá en su entrega. La descalcez no es, simplemente, la apariencia de un cómodo calzado. Es la reforma de la reforma, la vuelta a las raíces más primigenias, a la Regla más descarnada, a la esencia del ascetismo. Es un desnudarse del mundo, un desvestirse de toda atadura mortal y pasajera. Se deja el calzado, se pierde el apellido. Evidentemente, se trata en ambos casos de hombres cuya situación vital está esencialmente condicionada por la oferta exigente de la fe. La descalcez, en cambio, no hace referencia sólo a la pobreza y disponibilidad en el seguimiento, sino al itinerario dramático hacia el sufrimiento y la cruz.

II.- El hábito y la apariencia

No se puede entender la vida conventual como un dato histórico transformable en un proyecto de vida con la esperanza de una realización histórica. La cercanía de la Divinidad hace que exista el conventual con su libertad. Su entrega a Dios, su despojo de todo apego mundano no implica el despojo de sus cualidades, de sus potencialidades, de su libertad. La entrega, simbolizada por el hábito, es un acto creativo que respeta la alteridad del conventual en su relación con Dios. La libertad del conventual sólo existe porque hay una libertad divina que le llama a la existencia. Pero la entrega total va más allá desde el momento en que es libre y soberana. Es una llamada a vivir en unidad con los demás conventuales y en respuesta a ella se dará su verdadera realización humana. Por ello, al ordenar su entrega en dirección a la unidad conventual, no hay libertad en el mundo que pueda apartarle de su orientación fundamental.

El hábito marcará la diferencia, la pobreza trazará el camino, la entrega le envolverá en su singularidad. La vivencia íntima del carisma religioso alejará al conventual del lazo del mundo. Cambia, con su entrega, la esclavitud del pecado por la libertad del claustro. El hábito, el sayal, vestido del esclavo, demostrará esta mutación al hacerlo metáfora de la libertad, de la salvación. El calzado, evidencia del señorío, desaparecerá para denunciar su renuncia, su esclavitud, libre y liberadora, a Dios.

1.- El símbolo y la materia

La interpelación de los conventuales en su libertad se manifiesta en la necesidad de amor, de ayuda o de perdón. En función de la capacidad de entrega aparecerá su

convergencia con Dios. A medida que el conventual, en conciencia y en libertad, entable su diálogo con Dios, será glorificado. La glorificación del conventual pasa por la humildad, porque desconoce hasta dónde llegará su entrega y hasta cuándo seguirá aceptándolo. La humildad acepta su fragilidad y su ignorancia. La aspereza del hábito se convierte, así, en metáfora de la humildad. Dios colma de gracia al que se humilla. Humildad como expiación, humildad como sacrificio, pero, también, humildad como entrega total, como abandono definitivo, porque el conventual sabe de la misericordia gratuita de Dios, y por ello espera en Dios que colma de gracia, y de bienes, al que se humilla:

*"Y del vestido, ¿por qué preocuparos?
observad los lirios del campo como crecen;
no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo
que ni Salomón, en toda su gloria,
se vistió como uno de ellos"*

Mateo, 6, 28-30

Por esta idea, pienso, surge la descalcez. Cuando los conventuales, la Orden, atesoran riquezas, la Regla se relaja y el hábito pierde aspereza. Llega la materia suave, ostentosa, el damasco y la seda, el adorno de brocado, el bordado de oro. En una palabra, el orgullo. Si la humildad es el abandono total en la Providencia, el orgullo implica ruptura, discontinuidad, corrupción. Su fruto a su vez refleja la nueva vida, se sale de la esfera de lo divino. De ahí que los espíritus exquisitos deseen la recolección, la vuelta a la aspereza. La dimensión de la purificación por la aspereza, por la sobriedad, por la humildad, está implicada en el ansia de glorificación del espíritu por medio de la transformación del cuerpo, de los sentidos:

*"!Dios mio! ¿qué es lo que amo cuando os amo?
No es la belleza de las cosas exteriores lo que amo
cuando amo a mi Dios. No es esto lo que amo, y,
sin embargo, lo que amo es la luz, es un canto,
es un alimento, es un perfume, es un vínculo lleno de amor"*

San Agustín.

Este dominio de los sentidos queda reflejado en el cinturón del hábito. El cinturón es la alegoría de la virginidad y al ceñirse al cuerpo simboliza la protección que esta

virtud implica como defensa corporal. Su aspereza determinará en mayor o menor grado la entrega y, por tanto, la humildad. Un cordón es símbolo de la unión entre los conventuales y su valor alegórico aparece, como hilo espiritual, en cada uno de los nudos, símbolo de la cohesión. Esta unión o dependencia mutua entre los miembros de un convento tiene su mayor exponente en la trenza del cinturón, al simbolizar la relación íntima con Dios. La correa, con el mismo significado simbólico, se convierte en alegoría del yugo, de la esclavitud. Una esclavitud liberadora, porque la adhesión a Dios implica liberación. La correa ata al conventual a la divinidad librándole de las ataduras del mundo:

*"Gracias a Dios, vosotros, que erais esclavos del pecado,
habéis obedecido de corazón a aquel modelo de doctrina
al que fuisteis entregados, y liberados del pecado,
os habéis hecho esclavos de la justicia"*

Rm. 6, 17-18.

Esta atadura divina y esta transformación, cuyo valor simbólico queda reflejado por el cinturón y el hábito, respectivamente, quedan plasmadas y concretadas en el modo de vida, en la Regla. La Regla constituye el programa básico de la comunidad conventual, el resumen de todo lo que Dios espera de cada uno de sus miembros. Los que aceptan la Regla, es decir, los conventuales de pleno derecho entran en la esfera de lo divino, porque la Regla no es otra cosa que un proyecto de felicidad. El que acepta la esclavitud en Dios, el que se entrega, el que renuncia a sus ataduras mundanas, se realiza plenamente, vive feliz y la dicha abunda en su vida. Así, pues, el hábito ocupará una preocupación importante en la Regla, en el programa de vida. Y, así, cuanto más depurada se viva la Regla, mayor aspereza gozará el hábito. El hábito es, por tanto, en último extremo, metáfora de la felicidad; el cinturón, del abrazo a Dios:

*"!Qué grande será esa felicidad! Donde no habrá ningún mal,
no faltará ningún bien, empeñados en alabar a Dios
que será todo en todos"*

San Agustín.

2.- El color y su valor

Aceptar la Regla, vestir el hábito implica, pues, inmiscuirse en ese proyecto de felicidad. Más allá de ese proyecto resuena en el fondo del corazón del conventual la tecla de la experiencia del encuentro, del abrazo, de su relación personal con Dios, despertándolo hacia dimensiones trascendentes. En esta experiencia de relación íntima con la Divinidad descubrirá la imposibilidad de vivir feliz en un mundo que él ha elegido, que él ha planificado. De ahí viene la necesidad de la esperanza. La felicidad que vive en su entrega se le figura limitada porque no le resuelve su necesidad de más. Sólo puede esperar más el que confía en el amor. Su envoltura de felicidad sólo es un anticipo de lo que ha de ser. Sólo una metáfora de la que abre el horizonte ilimitado de la que llegará. Esa metáfora mantiene encendida la llama viva del valor del hábito, de la Suprema Felicidad, la Luz. El conventual quiere la Luz, por eso busca las *luces*, y en cada luz concreta reconoce el rostro de la Luz que desea. Las luces y las sombras de su vida conventual le relanzan hacia la Luz. Por eso, no pone el acento en el lugar de su búsqueda de la Luz sino en su soberanía para buscarlo en todas partes. El hábito le recordará esa búsqueda, le estimulará esa búsqueda por su color. El valor del tejido, de la materia, le acerca el pensamiento de la Felicidad venidera, deseada. El color valorará en toda su dimensión la afirmación de los dos planos de su vivir, las sombras en que vislumbra la felicidad, y la luz que le hace gozar de la Felicidad. De ahí la interpretación de esta afirmación al aceptar la diversidad de hábitos. La felicidad vendrá, pues, determinada por la gradación cromática del tejido.

El hábito blanco interpreta el valor de la iluminación que de su vida hace ese deseo de felicidad. Simboliza su ascensión hacia la Luz. Al aceptar el blanco en su hábito está demostrando su oposición a la oscuridad, reclamando su perdón. La trayectoria de su caminar es una contraposición a su descanso, o mejor, a su apatía. Cuando el conventual ansía la Luz y decide que su felicidad está en alcanzarla, su hábito blanco le denunciará continuamente el compromiso de su entrega y le recordará la Luz que espera. Al mismo tiempo, en su valor negativo, el hábito blanco le recordará su mortalidad, su imposibilidad de alcanzar la felicidad si no es caminando en la Luz. Su hábito blanco será, pues, su mortaja, su paño de pureza, su sepulcro, su oscuridad. Muerto a la vida terrena, alcanzará la Felicidad, la Luz.

"El religioso que profesa la perfección debe tener debajo de este Santo Hábito que no solo se ha de contentar con que

Dios le haya perdonado sus pecados, y estar retirado en la celda, sino que cada día se ha de procurar justificar mil veces, y aunque limpio, tornar a lavar; porque si la nieve es lo que se puede decir de la blancura, tantas veces se debe lavar un religioso, que quede blanco como la nieve".

San Juan Bautista de la Concepción.

Esta consideración de la blancura en el hábito como valor de la acción salvadora de Dios, de la justificación continua que debe ejercer el conventual en su caminar hacia la Luz, de la Glorificación, es al mismo tiempo antitética cuando la decisión del conventual se inclina hacia un hábito negro. Los valores se contraponen y la metáfora se invierte. Un hábito negro acerca al conventual a su naturaleza mortal, a su nada, a su pecado. La continua presencia de su envoltura mortal, de su hábito negro, le procurará con mayor énfasis su deseo de Dios, su negación de su cuerpo. Esta negación, recalcada en su vida de penitencia, suscita sentimientos positivos en su entrega. Su continuo vivir en la oscuridad, potencia el ansia de Luz y expone ante sus ojos continuamente la imagen simbólica mística de su unión con Dios. Una unión que se establece en lo más íntimo u oculto del conventual. Su vida es la réplica a esta unión y el valor de su denuncia estriba en el germen de felicidad que abriga en lo más profundo y oculto de su corazón. El grado de felicidad al que llegue este germen estará en estrecha relación con el tiempo que emplee en vivir su negación. De este sacrificio derivará su felicidad, de esta oscuridad cristalizará su Luz.

*"Y, aunque tinieblas padezco/ en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal,/ porque, si de luz carezco,
tengo vida celestial; / porque el amor da tal vida
cuando más ciego va siendo,/ que tiene el alma rendida,
sin luz y a oscuras viviendo"*

San Juan de la Cruz.

El hábito negro es, pues, metáfora de las tinieblas y de la noche, en una palabra, de la muerte. Así como el hábito envuelve el cuerpo del conventual, así la oscuridad envuelve su alma. Pero en su esperanza de la nueva aurora, de la Luz, estriba el valor de

su símbolo. Tras la muerte, alcanzará la Felicidad.

Este valor dual del hábito transmitido por su color es, en esencia, la misma metáfora, antítesis de sí misma, explicada en el idioma de la fe, blanco, o de la esperanza, negro. Por la fe, la Regla es la Felicidad; por la esperanza, la Regla empuja a alcanzarla. Ambas virtudes, simbolizadas en el color del hábito, cristalizarán en la Caridad, en el Amor. El hábito marrón, símbolo de la tierra que el conventual pisa, mostrará el camino hasta la Felicidad, un camino que sabe de fe y esperanza, de Luz y de oscuridad, de dicha y de sacrificio. Un camino que no es otra cosa que la entrega en la vida conventual. El carácter numinoso de la luz, entendido bajo la óptica de cada Regla e interpretado según el propio carisma de la Orden, será, pues, el determinante del valor simbólico del color elegido en cada hábito. Blanco, negro o marrón, el hábito viene a significar, como ya dije, el valor de la transformación originada por la Luz de Dios, la Felicidad en Dios mismo.

*"Bendice, alma mía a Dios!
!Dios mío, qué grande eres!
Vestido de esplendor y majestad
arropado de luz como de un manto,
despliegas los cielos lo mismo que una tienda"*
Salmo 104, 1-2.

* Este trabajo forma parte de uno más profundo y extenso titulado *Los símbolos de la vida religiosa*.